

Miguel Calderón

"Para los otros, como yo, sólo existe el destello
del conocimiento negativo, la noche en que, ebrio, uno
se tambalea hacia el baño y se mira en el espejo
para encontrarse con su locura."

W.H. Auden, *La era de la ansiedad* (1947)

El estrés nos está matando, psicológica y físicamente. Lo que atravesamos ahora es una topografía de la fractura, las múltiples rupturas, trampas y sacudidas que surgen cuando todos, como individuos y como sociedades, empezamos a resquebrajarnos. La forma en la que este sentimiento de terror y angustia se refleja en el arte puede depender, en última instancia, de lo que consideramos su propósito creativo: aliviar y distraernos de nuestros temores más profundos, o enfrentarnos a ellos y cuestionarlos; invitarlos, tal y como lo hace Miguel Calderón, a sentarse con nosotros como si fueran un viejo amigo, una compañía para nuestro ser alienado. Si la pregunta es si el arte debe consolar al trastornado o perturbar a quien está cómodo, la respuesta quizá sería que debe hacer ambas cosas.

Neuróticos Anónimos es tanto el nombre de la exposición de Miguel Calderón en kurimanzutto Nueva York, como una de las piezas principales que ha creado para la muestra: la reproducción en mármol de una imagen presa del pánico, que aparece en los carteles de *Neuróticos Anónimos*, un programa de recuperación de doce pasos, diseñado a partir del modelo de *Alcohólicos Anónimos*, para ayudar a personas con trastornos mentales y emocionales. Esta referencia personal, en el sentido de que la madre de Miguel requirió de apoyo para tratar su salud mental, se destila en la forma clásica e icónica de un busto atormentado que traslada los demonios privados al terreno colectivo de una condición compartida, incluso universal. Las confesiones visuales de Calderón revelan detalles de sus propias neurosis, bajo el yugo de las distorsiones provocadas por la ansiedad, convirtiéndola en una metáfora y alegoría para un malestar generalizado que atraviesa nuestra sociedad, política y cultura. No se trata de empatía, sino de reconocimiento.

La neurosis, un diagnóstico algo anticuado, que ya no es oficialmente reconocido en el ámbito médico, persiste en nuestro cuerpo político como un análisis freudiano de los trastornos mentales originados por las ansiedades que hemos reprimido. La ansiedad es, de

hecho, el sustantivo clave, pues no se refiere únicamente a una preocupación excesiva, sino también a pensamientos obsesivos, comportamientos impulsivos, inseguridades causadas por la duda y la baja autoestima, así como a todo el espectro de perturbaciones emocionales provocados por trastornos de ansiedad, TOC (Trastorno Obsesivo Compulsivo), TEPT (Trastorno por Estrés Postraumático) y las fobias. W.H. Auden escribió *La era de la ansiedad* en 1947, situando la historia en un bar durante la Segunda Guerra Mundial y dando voz a las incertidumbres y confusiones de todos aquellos que emergían de los escombros y el trauma de una política global desastrosa y una atrocidad inimaginable. Quizás ahora, como en ese entonces, nos recuerda Calderón, los temores más oscuros de nuestro terror existencial se transforman con mayor facilidad en persistentes ansiedades personales. Hay muchas cosas que nos amenazan –ya sea la preocupación por el medio ambiente, la pérdida de la libertad, la pobreza, el crimen, las guerras y las innumerables crisis globales– pero lo que nos quita el sueño por las noches suele ser, en realidad, algo mucho más insignificante e íntimo.

Puesto que la neurosis es un concepto freudiano, Calderón la utiliza como una herramienta analíticamente aguda e irónicamente mordaz para excavar en las raíces de sus problemas psicológicos e identificar los traumas del pasado que subyacen a su descontento e inseguridades. Afortunadamente, no sólo es absolutamente honesto, sino también tremendamente divertido, capaz de hacer que su histeria sea de algún modo histérica, desnudándose emocionalmente, pero bajo el tramposo disfraz de un camaleón subversivo. Explorando la tortuosa y deforme iconografía de su subconsciente en la serie de dibujos en tinta *El cuerpo incómodo*, Calderón regresa a una práctica de su juventud, cuando calmaba sus ansiedades a través del dibujo obsesivo. En esta serie contrapone lo impulsivo con lo contemplativo, trabajando con una urgencia cruda e instintiva que somete a estas formas malignas a una observación directa, como si fueran caricaturas grotescas capaces de revelar verdades ocultas. Y luego, en uno de esos momentos que te hacen decir “¡qué carajos!”, una serpiente se infiltra en la habitación de Calderón y lo muerde en la frente mientras duerme, llevándolo también a plasmar ese horror en sus dibujos.

Hay una destreza en la obra de Calderón, algo ágil e inquieto, provocador y performativo, como si su extraña capacidad de reflexión fuera causada por reflejos extraordinarios. Si uno cree que somos producto de la naturaleza, podríamos decir que este atributo del artista fue herencia de su padre, un piloto de carreras profesional con toda la destreza que ello implica. Por otro lado, si se cree que somos producto de nuestro entorno,

Neuróticos Anónimos es también el testimonio de una angustia silenciosa que una vida y profesión de ese estilo puede generar en un niño pequeño.

El testimonio de Calderón suele implicar al público como testigo en un ciclo voyeurista que puede verse en *Exvoto revisitado*, donde recrea la imagen de una persona fotografiando un choque. La fotografía original fue tomada por El Buitre, un fotógrafo famoso por perseguir espectaculares accidentes automovilísticos y que el artista descubrió entre los archivos de su padre. Calderón lidia con lo que lo devora, de una manera que nos obliga a reconocer lo insana que es también nuestra propia dieta de deseo y distracción. En *Cocteleros*, un video de más de treinta minutos en un solo canal que combina lo experimental, lo documental y la sátira tipo *slapstick*, seguimos a un grupo de ex periodistas culturales mientras se infiltran en eventos VIP usando identificaciones falsas y el gran disfraz del privilegio social, todo con el objetivo de conseguir tragos y comida gratis. Se trata de una parodia devastadora de las dinámicas sociales entre trabajadores y élites, así como de esa línea invisible de pertenencia que la clase social dibuja, pero que los impostores cruzan sin permiso. El paralelismo de *Cocteleros* con *Cisne de Troya* crea una especie de instalación ficticia en torno a los tesoros triviales—el glamour vulgar de cisnes tallados en hielo y bocadillos lujosos—con los que el poder se celebra y se recompensa a sí mismo.

En todos los ideales que Miguel Calderón evoca en su obra, hay un anhelo profundo, un arrepentimiento palpable y un cómico fracaso que pone en evidencia nuestras dudas y deseos frente a la imposibilidad de alcanzar la felicidad, la plenitud, la satisfacción y el éxito. Estos son pensamientos que intentamos apartar de la mente, gestos aparentemente simples como *Alpinista social*, un muro de escalada adornado con rocas que marca el absurdo recorrido de la aspiración social, o *SOS*, el registro fotográfico de nueve cabinas de asistencia vial que se encontraban fuera de servicio cuando su auto se descompuso en Colombia, son evocaciones de ese vacío inmenso y de la impotencia que habita en nuestro ser, por más que intentemos llenarlo con distracciones y bienes materiales. En última instancia, es una imagen de esperanza y supervivencia trazada sobre las arenas de la futilidad. Y aunque dan ganas de llorar, es imposible evitar soltar una carcajada.

–Carlo McCormick